

Homilia de Mons. Arturo González, Obispo de la Diócesis de Santa Clara, en la Ordenación Episcopal de Mons. Osmany Massó Cuesta

SBMI Catedral de Santiago de Cuba, 14 de marzo de 2026

*Queridos hermanos en el sacerdocio y en el episcopado,
Queridos hermanos y hermanas en el Señor,
Querido Mons. Osmany,*

La vida de la Iglesia está salpicada por momentos muy significativos, uno de ellos, que no es de los más frecuentes, es la ordenación de un nuevo Obispo. Hoy, según la cronista, en esta cinco centenaria Iglesia Catedral, Basílica Metropolitana de Santiago de Cuba, por primera vez va a acontecer una ordenación episcopal, es decir, vamos a participar de una celebración con un profundo sentido eclesial y pastoral.

Un hijo de esta Iglesia Santiaguera, nuestro querido hermano Osmany Massó Cuesta, será incorporado al Colegio de los Obispos. En este momento, tan importante para Osmany y para toda la Iglesia que peregrina en Cuba, nos hemos reunido, su familia según la carne y la sangre... y su otra familia, la familia eclesial, la que es fruto del agua bautismal, la que crece por la fuerza del Espíritu Santo. Todos, los unos y los otros, nos unimos en acción de gracias a Dios por la vida y por el generoso "sí" de quien ha sido elegido para ser sucesor de los Apóstoles, participando de la noble misión que a ellos encomendó Jesucristo, el Señor: *"llevar la salvación de Dios hasta los confines de la tierra"*.

Esta será una celebración marcada por muchos gestos y signos, todos muy elocuentes, que pretenden ayudarnos a penetrar el misterio de fe que estamos celebrando. Es necesario, por lo tanto, estar atentos a cada uno de ellos.

Permítanme centrar la homilía de esta Eucaristía en uno de los gestos litúrgicos, en el acontece en el momento central y más importante de esta celebración; es extremadamente solemne, se trata de la imposición de manos. El Obispo consagrante principal y todos los obispos presentes, impondremos nuestras manos sobre el que está siendo ordenado, es el gesto tradicional que significa la transmisión del Espíritu Santo, de unos poderes y de unas facultades. Inmediatamente seguirá la oración de ordenación, que será pronunciada, atención, una vez que el libro de los Evangelios, abierto, sea colocado sobre quien dentro de unos minutos será obispo.

Y, ¿qué significa este gesto litúrgico de colocar sobre la cabeza del que está siendo ordenado, el libro de los Evangelios abierto? Es un gesto muy llamativo y nada usual, propio de la ordenación episcopal. ¿Qué significa todo esto? ¿Qué nos enseña la Iglesia a través de esta acción? Ciertamente tiene varios significados.

En primer lugar, de parte del que está siendo ordenado obispo exige una postura de fe, un confesar que quien le ha llamado es el mismo Dios, es el Maestro y es el Señor, y que él, el que ha respondido afirmativamente, es una criatura, es el discípulo; exige reconocer que el Señor va por delante y nosotros seguimos sus pasos; exige un desprendimiento propio y un vaciamiento en favor del Señor; exige reconocer que *"el tesoro del ministerio que recibimos lo llevamos en vasijas de barro"*; exige aceptar la dinámica de que *"El crezca y yo disminuya"* al estilo de Juan Bautista.

¡Cuánto significado tiene este gesto litúrgico! Significa mucho, significa que nos toca a nosotros pastores del pueblo de Dios apuntar hacia lo alto, hacia quien permanece y

verdaderamente salva: El Señor, teniendo presente en toda ocasión la invitación del Maestro: *"Sean santos como el Padre celestial es santo"*.

El que ha sido escogido, reservado y consagrado, queda cubierto por la Palabra de Dios, es decir, su propio rostro desaparecerá para que brille en su vida y a los ojos de sus contemporáneos el mensaje de salvación, que lo ha alcanzado, lo ha penetrado, lo ha cubierto. Esto no es un juego de palabras ni es un acto mágico, lo sabemos; esto quiere decir que el Obispo no actúa en nombre propio, actúa en nombre de Jesucristo y de su Iglesia, de la cual ha sido constituido guardián y maestro.

El Obispo no es un jefe, el obispo no obra en nombre propio, repito, ni administra las gracias y dones recibidos arbitrariamente, el obispo obra en nombre de Cristo Jesús, como delegado suyo y cuya misión ha recibido de Él; colocado al frente de su pueblo para guiarlo y enseñarle, acompañarlo y santificarlo, para rezar por él y llevarlo al encuentro con el Dios vivo.

El libro de los Evangelios abierto y colocado sobre la cabeza nos hace caer en la cuenta de que, por encima de fragilidades y debilidades, la gracia y el poder de Dios, se manifiestan y obran en la debilidad humana, primeramente, en el mismo Obispo, ofreciéndole la salvación que también él necesita como ser humano. ¡Qué garantía y seguridad tan grande para nuestra vida!

Y es que la Palabra de Dios es antídoto contra el pecado, contra la soberbia; ella nos protege de nuestra obstinación, de nuestras actitudes de sabelotodo, de nuestras presunciones, de esas que nos llevan a encerrarnos en nuestro propio mundo.

Pero este gesto litúrgico que todos observaremos con curiosidad dentro de unos minutos, también significa que, el que recibe el don del episcopado, se convierte en mensajero de Dios, es decir, ha sido *"escogido y reservado para el Evangelio"*, para ser portador de la palabra viviente, del mismo Jesucristo.

Con este gesto la Iglesia viene a recordarnos que el Obispo no está para difundir sus propias ideas y teorías, sino que es un enviado que tiene que transmitir el mensaje del Evangelio y no otro; un mensaje que lo trasciende, que es más grande que él, y por el cual siempre tiene que dejarse interpelar, y estar dispuesto incluso a dar la vida. ¡Ser pregonero de una palabra que da vida, vida a uno mismo y vida en los demás; ser pregonero de una palabra que orienta al pastor y a la grey; ser pregonero de una palabra que genera esperanza en el corazón de todos!

Al obispo, queridos hermanos y hermanas, Dios le pedirá cuenta de muchas cosas, de modo particular de todo esto, y se le medirá por su fidelidad al Evangelio, no por otra cosa. Por eso mismo, el Obispo tiene que ser el infatigable buscador de Dios, para poder testimoniarlo y comunicarlo a los demás, sirviendo con amor esmerado, sin dejarse llevar por lo que puedan pensar o decir otros, sin buscar aplausos, ni reconocimientos, ni puestos importantes; sin dejarse condicionar por lo que esté de moda, por ideologías, ni por lo que "políticamente parezca más correcto" como hoy en día se dice... porque el Obispo, queridos hermanos y hermanas, solo tiene que ser deudor del amor, de amor de Dios y del amor al prójimo.

Estas enseñanzas que brotan de la acción litúrgica del día, han de interpelar constantemente la vida del Obispo, tantas veces ocupado y envuelto en todo un sinnúmero de reclamos pastorales de personas y comunidades, de pecadores y desorientados, de pobres y necesitados, de cansados y agobiados, de desesperanzados y buscadores de una mano amiga o de una palabra regeneradora... Estas enseñanzas han de interpelar constantemente la vida del obispo, tantas veces ocupado y envuelto en tareas administrativas que pueden convertirse rápidamente en una maleza que enreda, y en la que puede quedar atrapado por cosas tan humanas, que en verdad son necesarias y las asumimos como parte de la misión, pero que

pueden, repito, agotarnos y llevarnos a correr ciertos riesgos, muy peligrosos, en nuestra vida de pastores.

Si el Obispo no quiere secarse y convertirse en un mero administrador, si el Obispo no quiere dejar de ser pastor y pescador de almas, si el Obispo quiere permanecer fiel a la misión que ha recibido del Señor por medio de su Iglesia, ha de dejarse cubrir cada día por la fuerza que brota de la Palabra de Dios, y a los pies del Maestro, permanecer en la escucha y en la adoración, en la admiración y el abandono, que son la fuentes que generan la entrega total, alegre y generosa del pastor.

Querido hermano Osmany, gracias por aceptar todos estos retos... gracias por tu mirada serena y confiada frente a las sorpresas que la vida de Obispo te pueda traer... gracias porque tu respuesta brota y se alimenta de la escucha atenta a la Palabra de Dios. Mons. Osmany, los obispos de Cuba te acogemos fraternalmente en este Colegio y te ayudaremos a hacer camino... ¡sabes que eres bienvenido! ¡Sabes que eres nuestro hermano! El pueblo de Dios, la Iglesia que peregrina en estas tierras, te recibe como don de Dios, y te recibe con esperanza... Los unos y los otros, todos rezamos por ti. Los que hoy te ven partir, seguirán rezando por ti; los que te recibirán en tu Diócesis también rezarán por ti, porque esta es una forma muy exquisita que tiene el pueblo creyente de amar y colaborar con sus obispos.

Que el Santísimo Salvador se digne hacerte sentir y gozar su bondad siempre; que Él se digne, también, acompañar con su Espíritu tu entrega de cada día como pastor de la querida Diócesis de Bayamo-Manzanillo.

Que la Virgen Santísima, Nuestra Señora de la Caridad del Cobre, a cuyos pies renovaste tu fe e hiciste tu promesa de fidelidad a Jesucristo y a su Iglesia, sea en toda ocasión tu Madre y Maestra.

Que así sea.